

1610: Un reloj de sol en una tumba

Mary Gentle

*Traducción:
Marta García Martínez*



Para Dean, mi primer lector;
sin el cual, nada.

Agradecimientos

Este libro le debe mucho al poder reconstituyente del café fuerte y de las galletas de chocolate y mucho más a los que contribuyen o solo leen *rec.arts.sf.composition*; con una mención especial a Brian M. Scott, Anna Feruglio Dal Dan, Emiliano Farinelli y Anna Mazzoldi.

«[...] haced
que los hijos de la espada y los dados caigan ante
el becerro de oro y de rodillas, noches enteras,
cometan idolatría con vino y pregones.»

II.1. 18-20, *El alquimista*, Ben Johnson (1610)

Prefacio de la traductora

Habla de sexo, crueldad y perdón.

Nada de lo cual se insinúa en la información previa que tenemos de esta historia.

En 1687 el único manuscrito superviviente de las *Memorias* de Valentin Raoul Rochefort, ex caballero francés y asesino a sueldo profesional, fue lanzado al fuego por un descendiente indignado.

Aunque el manuscrito debió de rescatarse de las llamas poco después, muchas páginas quedaron ennegrecidas e ilegibles y se perdió buena parte de las palabras que Rochefort había dejado para la posteridad. Es solo por una cuestión de suerte por lo que conservamos el documento completo; tanto las páginas quemadas como las intactas las metió sin demasiado cuidado en una caja de madera un salvador anónimo, junto con unos cuantos documentos menores más de la época.

Ahora, después de cuatrocientos años, una técnica informática de realce de la imagen puede proporcionarnos una versión que es, con una exactitud del noventa y nueve por ciento, lo que Rochefort escribió.

A mediados del siglo XIX un novelista francés cogió lo más legible de las *Memorias* y elaboró una novela muy popular y sumamente amena. Supongo que en estos tiempos la mayor parte de nosotros conocemos *Noblesse D'Épée* (o, como el traductor inglés la llamó, *Los hijos de la espada y los dados*) por las ediciones infantiles o por alguna versión cinematográfica de la historia. Los hechos son de sobra conocidos. La novela la escribió en Francia, en 1860, Auguste Maquet, famoso por ser el colaborador de Alejandro Dumas en *Los tres mosqueteros*. (Se rumoreó más tarde que en realidad era Maquet el único autor de muchas de las novelas de Dumas, cosa que no le sirvió de mucho financieramente hablando). Sabemos que Maquet había leído una versión de las *Memorias* en un pliego de cordel cuando era joven y que recicló los nombres de los protagonistas para convertirlos en personajes menores en las sinopsis que escribía para Dumas.

Maquet ignoraba (porque no había entonces forma de leerlas) las partes más extrañas e inquietantes: las teorías de la conspiración rosacruz de principios del

siglo xvii y una forma de futurología que hace que Nostradamus parezca un simple aficionado.

Las *Memorias* en sí cayeron en el olvido. Es irónico, pero cuando Maquet escribió *Noblesse D'Épée* se encontró con la frustrante experiencia de que lo despreciaban por ser un mal pastiche de Dumas. Quizá por eso la novela jamás disfrutó de gran éxito en Francia y por ello (junto con su fuente) allí siga siendo casi una desconocida. En Inglaterra, sin embargo, Stanley J. Weyman, destacado autor de libros históricos de aventuras, tradujo a Maquet y *Los hijos de la espada y los dados* se convirtió en un éxito al instante. Edward Rose adaptó una versión para el teatro antes de la Primera Guerra Mundial y no mucho después del fin de la guerra apareció una versión en cine mudo. De hecho, la primera película, hecha en blanco y negro, protagonizada por Conrad Veidt en el papel de Rocheford y Fritz Leiber padre en el del duc de Sully tuvo casi tanto éxito como el libro, (que llegó a su vigésima primera edición antes de 1906). A lo largo del siglo xx se produjeron otras películas. Mi favorita es la versión que hizo Richard Lester a principios de la década de los años setenta; tiene buena parte de la afable extravagancia del original, aunque haga lo que le da la gana con lo que sabemos de la conjura.

Aquí debería hablar quizá por mí misma. Siempre me ha encantado *Los hijos de la espada y los dados*. Me encanta el libro de Weyman. Me encantan todas esas versiones de capa y espada que ha hecho el cine, hasta ese vehículo para lucimiento de Leonardo DiCaprio en el que se ha convertido en los últimos tiempos. (Aunque no me puedo imaginar un Rochefort más improbable. La versión de Russell Crowe y Angelina Jolie que se está rodando en la actualidad será, creo yo, más fiel al original).

En la primavera de 1986 descubrí que el protagonista (me resulta un poco difícil llamarlo «héroe») de *Los hijos de la espada y los dados* era un personaje histórico real.

Cosa de la que es muy posible que tanto Maquet como Weyman no fueran conscientes.

No es tan increíble como parece. Si tomamos un ejemplo obvio, Alejandro Dumas sacó sin permiso la trama y los personajes de *Los tres mosqueteros* de la obra de un novelista histórico de finales del siglo xvii, Gatien de Courtilz de Sandras. A Dumas le encantaba reivindicar la realidad histórica de sus D'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis, pero es muy probable que estuviera convencido de que sus personajes no eran reales. De hecho, las últimas investigaciones demuestran que (incluso si la trama de la novela le debe más a chismorreos y rumores que a otra cosa) al menos había mosqueteros históricos en las fuerzas reales que respondían a esos nombres: Charles de Batz-Castelmore, Sieur d'Artagnan; Armand de Sillégue, Seigneur d'Athos et d'Auteville; Isaac de Portau y Henri d'Aramitz.

El «novelista» Courtilz era en realidad, por poco preciso que fuera, biógrafo.

Del mismo modo descubrí que *Los hijos de la espada y los dados* era historia presentada por descuido como ficción. Rochefort (Valentin Raoul St. Cyprian

Anne-Marie Rochefort de Cossé Brissac, por dar su nombre completo) está, como mínimo, basado en un hombre real.

Un hecho que se convirtió en la semilla de una obsesión.

Todo lo cual ya era bien sabido entre los críticos literarios, cierto; o entre los pocos a los que les interesaba la novela de aventuras «sensacionalista». Las *Memorias* completas existían solo en su forma dañada y solo por pura casualidad no se habían tirado a la basura las páginas ennegrecidas por el fuego. Conseguí hacer un viaje a París con una beca estudiantil y vi el manuscrito original; mi francés escolar no me ayudó demasiado con los conservadores (muy amables) ni con el indescifrable primer francés moderno de la puntiaguda letra de Rochefort.

Diez años después, tras haber conseguido meterme en el cerebro una buena cantidad de esa versión de francés (soy famosa por lo mal que se me dan los idiomas), realizaba una segunda licenciatura que no tenía nada que ver con los estudios posmedievales. Sin embargo, fue en esa universidad donde descubrí a unas personas que utilizaban técnicas informáticas tanto para analizar la escritura medieval y posmedieval como para realzar imágenes y descubrir textos dañados que con anterioridad estaban «perdidos».

Ya antes se me había ocurrido traducir una nueva edición de *Los hijos de la espada y los dados* pero no parece necesario, dada la frescura de los escritos de Weyman y Maquet. Para aquellos que esperan, «¡Os lo ruego!» y «¡Pardiez!» siempre es una agradable sorpresa.

Supe al instante que quería aplicar las técnicas de esta nueva tecnología a las *Memorias* de Rochefort.

Así que esta traducción de las *Memorias* es un accesorio de la novela clásica. He intentado traducir la narrativa recuperada de Rochefort al inglés moderno, manteniendo el sabor de los términos originales, pero haciendo de ella una historia que podamos leer con facilidad.

Quizá debería advertir al lector incauto que el texto completo de las *Memorias* contiene pasajes que son, a los ojos del siglo XXI, eróticos o pornográficos, según la definición que les dé el lector. Rochefort, que escribe unos cuarenta años después de Montaigne, sigue el patrón de los *Essais* en la resuelta confesión de su conflictiva vida sexual. Si *Los hijos de la espada y los dados* es una historia de maniobras políticas maquiavélicas y romances, las *Memorias* son, entre otras cosas, la historia de una obsesión sexual.

Pero quizá sea lo mismo. Cualquier lector de Stanley J. Weyman, Rafael Sabatini, Georgette Heyer y Dumas debe admitir que esas populares novelas de aventuras históricas tienen un poderoso subtexto erótico no reconocido del que extraen una fuerza secreta.

En algunos sentidos esa es también la respuesta a la siguiente pregunta: ¿Por qué una nueva edición de las *Memorias* ahora? Dudo que hubiera podido publicarse en 1894, aunque se hubiera conocido. Pero ahora ya no nos enfrentamos a la censura, ni a la autocensura, de la Inglaterra victoriana. Las confesiones de Rochefort quizá puedan leerse con simpatía y comprensión; y si acaso, también un tanto divertidos.

Debería comentar aquí que las partes más extrañas de las *Memorias* son, invariablemente, las que más dañadas resultaron por el fuego, hasta el punto de que sospecho que solo pudo ser un acto deliberado. Alguien deseaba quemar las partes del relato de Rochefort que tienen que ver con su vida sexual. Alguien intentó destruir también casi todo lo que Rochefort escribió sobre los pronósticos del médico y teórico rosacruz inglés Robert Fludd (que apenas aparece en las novelas). Sobre los motivos que llevaron a eso solo se puede especular.

Aquí, por tanto, tienen el relato redescubierto y traducido de nuevo, separado de nosotros por un idioma y cuatro siglos. Las *Memorias* recuperadas, reproducidas de la forma más fiel posible. O quizá sería más razonable decir: de la forma más adecuada que permite el tiempo.

Y cuando me ha parecido necesario, cuando arrojan luz sobre los escritos de Valentin Raoul Rochefort, he añadido a la historia los otros documentos que se incluyeron en la caja de madera que contiene el manuscrito de las *Memorias*.

Con uno de ellos comenzamos.

Mary Gentle
Londres, Inglaterra

Parte 1

Diario cifrado de Robert Fludd

27 de enero, año 1608 de Nuestro Señor, calendario juliano
(6 de febrero de 1609 del calendario gregoriano
que ha de llegar)

El trabajo continúa bien. Los problemas en Jülich-Cleves parecen decididos a convertirse en guerra dentro de otro año, quizá año y medio. No le dejo al rey francés opción alguna sobre lo que dice y hace. Y ese hombre suyo, Sully, y su necio Gran Proyecto, ¿que sabe él de proyectos, un duque francés que llegó a la edad adulta inmerso en guerras de religión y que entiende de finanzas y de violencia, y muy poco de las mentes de los hombres?

Sully construye canales. Cuán triste es eso. Los constructores se pasan la vida luchando contra la corriente del tiempo, que erosiona lo que hacen. Aquí, en Londres, a dos calles de mi casa, la Catedral de Pablo, carente de chapitel, se alza antigua e inmutable y, sin embargo, yo calculo que dentro de medio siglo más o menos el fuego la destruirá y otro equipo de constructores levantará otro templo en su lugar. Y ese también caerá, medio milenio más tarde. Suponiendo que esté en lo cierto.

28 de enero de 1608 (7 de febrero de 1609, gregoriano)

Suponiendo que esté en lo cierto. ¿Qué hombre escribe esas palabras sin sentir una punzada? Cierto, veo los compañeros de baile que comienzan a unirse. Nuestro rey Jacobo mantiene cerca a Robbie Cecil, más cerca de lo que parece en la corte; he oído que se rumorea que Cecil y el escocés riñen de forma constante por dinero, como un ama de casa que riñe con su amo y señor. Pero ahí están, donde dije que estarían; y cuando lo dije, Cecil solo era el hijo jorobado de Burley. No el primer noble de este reino.

Y los demás, he de suponer, están reuniéndose en Francia. La mujer que será reina. El maestro de escuela católico que escribirá su nombre en la historia con

letras grandes, aunque a él le importa tan poco esa fama como a mí. Sin lugar a dudas mi maestro de espías también está en París en este momento, acechando en las sombras y sirviendo a los propósitos de Sully.

No dudo. Yo no dudo. ¿Cómo puedo dudar?

El hombre, el espía, vino a Londres con la embajada de Sully hace seis años, en junio y julio del 1603, pero yo seguía fuera de Inglaterra por aquel entonces. No pude evitar las dudas: fui después a París, a la corte de su majestad Enrique IV, para echarle un vistazo al agente de Sully. Un pobre estudioso, yo. Lector de libros, escritor de libros. Y este era un hombre de guerra; bueno, no tan diferente de cualquier otro soldado convertido en espía. Un hombre alto, una cabeza más alto que cualquier otro de los matones de Sully, y con un oscuro aire español, aunque francés en realidad. No era un rostro que se pudiera leer con facilidad. No lo observé durante mucho tiempo: los soldados tienen un instinto especial para detectar lo que parece algo más que simple curiosidad. Volví a mi alojamiento al salir del palacio del Louvre, por las calles encenagadas, con la cabeza en las nubes. ¿Es este el hombre? ¿Este hombre corriente? ¿Es él?

29 de enero de 1608 (8 de febrero de 1609, gregoriano)

Hoy bebí vino en la taberna que hay al final de mi calle y a nadie le dije por qué. Es uno de mis cálculos más importantes: un día como este, dentro de cuarenta años y todavía según el calendario juliano, mi pueblo inglés subirá a su rey a un cadalso y le cortará la cabeza. El primer rey que morirá a manos de la chusma y al que se considerará ejecutado con toda justicia.

A eso le seguirán otras cosas, es inevitable: otros reyes morirán. Con el tiempo todos los reyes morirán y solo quedarán déspotas para gobernar, señores de la guerra y pequeños criminales disfrazados de estadistas. Harán recaer sobre nosotros tres de las más grandes atrocidades del mundo, visiones y sueños que harían vacilar incluso al pobre Nostradamus. Después de eso, peores cosas ocurrirán. Y todo surgido de esa semilla, la ejecución legal del rey inglés.

Debe haber, por tanto, un rey diferente. Uno al que no maten. Un hombre justo, un hombre moderado, un hombre de principios.

Me queda, ¡oh desafortunado de mí!, el linaje real de los Estuardo. Con el que debo hacer lo que pueda.

Mientras bebía en la posada de Barkley, sonreí y no hubo nadie que comprendiera por qué pensaba que podría haber sido peor. Podrían haberme puesto delante la casa real francesa de los Valois.

30 de enero de 1608 (9 de febrero de 1609, gregoriano)

Nuevos cálculos. ¿Un nuevo factor, en fase tan tardía? ¿Cómo puede ser? Y sin embargo, todo lo que he calculado está mal, ¡o bien hay un nuevo actor en el escenario! No lo entiendo.

2 de febrero de 1608 (12 de febrero de 1609, gregoriano)

Candelaria. Muerte de los inocentes. Sí, me muerdo el labio hasta hacerlo sangrar durante los servicios de San Pablo. Como Herodes, debo matar inocentes. Al contrario que Herodes, espero salvar a más al hacerlo.

Lloré arrodillado en el refugio de una de las tumbas. La piedra estaba muy fría bajo mis rodillas. La muerte llega a todos, la muerte es definitiva; tengo tan poco tiempo para hacer lo que pueda antes de morir yo también...

No es ninguna ventaja saber que debes morir en una fecha concreta. Tengo dos años quizá, si las cosas van muy mal. Catorce si puedo poner al rey adecuado en el trono. Con eso ha de bastar, ¿no? Para proteger, para guiar, para moldear su mente y convertirlo en un auténtico monarca, ¿en un administrador de su pueblo, como su nombre implica en inglés?

Aun así, es lo máximo que puedo esperar. Morir en diciembre de 1611 o en mayo de 1623. Todavía no he cumplido los treinta y cinco años. Mi cuerpo se estremece de fiebre cuando pienso en ello.

Sería una injusticia intentar desviar el curso del tiempo para disfrutar de una vida más larga. No haré (no lo haré) esos cálculos.

Si perteneciera a la Antigua Religión, podría ir a confesarme. Cualquier sacerdote pensaría que estoy loco, pero al menos podría confesarme con otro ser humano.

Nota para mí: esa soledad, y el deseo de tener una relación con otra alma, son los mayores peligros para esta obra. Si el contenido de este diario no es prudente, aun así es prudente llevarlo. Debo aprender a ser más solitario.

4 de febrero de 1608 (14 de febrero de 1609, gregoriano)

Más cálculos. Sí, hay un nuevo actor aunque no veo lo que hará. Quizá eso significa que su barco se hunde y él muere. El tiempo me muestra esos callejones sin salida. Improbabilidades. Destinos que nunca serán. En cualquier caso, no hay nada que yo pueda hacer hasta que se adentre más en mi esfera de influencia. Jamás he conocido a ningún hombre que haya llegado desde tan lejos.

La mujer ya habrá abandonado su hogar.

Jülich-Cleves progresa hacia una crisis. Hay movimientos de tropas en Saboya. No esperaba que se enviara a mi hombre a supervisarlos (era una posibilidad muy pequeña) y sin embargo así ha sido. Hay una posibilidad más pequeña de que muera allí. Si eso ocurre, ¿qué he de hacer yo entonces? Algo, con toda seguridad, ¿pero qué?

El tiempo es un mar, más inmenso que el Atlántico. Soy un hombre que intenta controlar sus mareas. ¿Hasta qué punto soy vano? ¿Soy acaso un loco que desvaría a la orilla de un mar, como en una obra a la que asistí? Solo la progresión de los días lo dirá.

18 de febrero de 1608 (28 de febrero de 1609, gregoriano)

Todos los cálculos rehechos y completos. Sí, funcionará. Es hora de que intente comunicarme también aquí con aquellos de mis compatriotas que deben implicarse en esto. Una vez hecho eso, e invertidos los meses necesarios para ganarme su confianza, no puedo hacer nada salvo esperar el desarrollo de los acontecimientos en Francia. Ellos vendrán solos a mí y entonces actuaré.

Paseo ahora por mi otro jardín, aguardo las señales de la primavera, tardías este año. La escarcha todavía adorna el mármol y el sol pocas veces arroja una sombra sobre el gnomon del reloj de sol. Ojalá pudiera disfrutar del lujo de creer en los presagios.

Se están empleando influencias para que se me convierta por fin en miembro del Real Colegio de Médicos y pueda así curar con su autoridad. He aprendido a ser solitario; ahora debo aprender a estar en compañía de nuevo, pero luciendo una máscara sin tacha que no debo dejar caer.

Una posibilidad. El año 1610, que es el año fundamental. El año que viene. Una posibilidad para desviar la avalancha que se cierne como un trueno sobre nosotros. Que Dios (si existe un Dios) gué mi mano.

Rochefort: *Memorias*

1

No es frecuente que un hombre se proponga matar al rey de Francia y comience golpeando a su propio sirviente.

—¡Messire Valentin! —protestó Gabriel Santon mientras me miraba desde el suelo como si el destino y el azar juntos le hubieran dado una patada en el estómago en lugar de haberlo hecho yo.

Ya veo que tendré que hacerlo un poco mejor.

Crucé con paso largo las tablas desnudas que me llevaban a la ventana; sentía el frío suelo de madera a través de las calzas. Si fuera más resuelto, habría esperado hasta tener las botas puestas y lo habría pateado entonces.

Primavera del año 1610: los postigos abiertos dejaban entrar el humo del desayuno de todo el mundo, un humo que oscurecía los tejados de París con la habitual calima de las primeras horas de la mañana. A pesar de eso, todavía podía ver la sombra de mi vigilante bajo el alero de la casa de enfrente, donde él (u otro de los hombres de la reina) había permanecido toda aquella noche que había pasado en blanco.

—Aféitame —ordené con brusquedad, y le di la espalda al frío aire de mayo para volver al ambiente viciado de la habitación. Me siguió el olor a posta de caballo y el sonido de los estridentes gallos que proclamaban el alba. Me aposenté en el único banco vacío de la habitación y le di la espalda con gesto deliberado a Gabriel.

No tengo forma de dejar estas habitaciones sin que me observen, ni por la entrada delantera ni por la trasera, pensé, como llevaba pensando las últimas cinco horas, desde el momento en el que los hombres de la reina Marie de Medici esbozaron una sonrisa de satisfacción y me dejaron ante mi propia puerta. ¿Entonces qué se ha de hacer?

El gran puño de Gabriel me metió una jarra de cerveza en las manos y luego se colocó detrás de mí y escuché el estrépito de la palangana mientras la llenaba con el hervidor de agua caliente que habían traído de las cocinas comunales. Podría haber corrido el riesgo de mandarlo a la calle a por comida...

... pero pensarán que lo estoy mandando con una advertencia. Y le clavarían una daga en los riñones antes de que llegara al final de la calle.

Recorre con paso pesado las tablas del suelo, como le corresponde a un soldado viejo que ha engordado a mi servicio. Gabriel estaba más delgado hace quince años, en las guerras de los Países Bajos, cuando descubrió a un alférez joven e idiota en busca de una muerte noble. Creo que me derribó una vez o dos mientras me convencía de que el escándalo muere antes que un hombre y que se puede sobrevivir al desdén. Apenas lo recuerdo, yo estaba borracho como una cuba en ese momento. Desde luego lo bastante borracho como para tener la excusa perfecta para olvidar que mi cabo me había dado la misma lección que podría haberle dado a uno de sus soldados de caballería, granjeritos de dieciocho años casi todos, y que de ese modo me había mantenido con vida.

La cerveza estaba fría y sabía a humo. La voz contrariada de Gabriel resonó en mi oído.

—Cabeza atrás, messire. Barbilla arriba.

Lo conocía lo bastante bien para saber que todavía no había funcionado, que no me dejaría por una maldición y una patada. Su tono decía con toda claridad: *Messire salió a beber anoche, messire perdió dinero jugando al hazard con los dados, ¿y con quién descarga su malhumor? Con el pobre del puñetero de Gabriel. Como siempre.*

La afiladísima hoja de la cuchilla siguió al jabón por mi barbilla. Me quedé sentado, perfectamente quieto, como tiende a hacer un hombre cuando le ponen un cuchillo en la garganta. Cada mañana durante quince años, Gabriel Santon podría haberme rajado la gran arteria que hay a la izquierda de la tráquea y yo jamás he visto temblar su mano. Ni, ahora que lo pienso, ante ninguna de las cosas que ha visto durante estos últimos años, y el mío es un oficio que zarandea los nervios de la mayoría.

El raspado de la hoja sobre el rastrojo de barba y el aire que empezaba a calentarse en la habitación mientras amanecía este catorce de mayo me pusieron los nervios de punta. En mi cabeza fui pasando lista. Debo deshacerme de Gabriel, porque ningún hombre relacionado ahora conmigo está a salvo. Debo actuar como si estuviera siguiendo las órdenes de la reina Marie de Medici o sus hombres me matarán y yo no tendré forma de advertir a nadie de lo que planea.

Y eso significa que debo ser convincente: ante los hombres que me vigilan debe parecer que estoy organizando el asesinato de su marido, Henri, cuarto de ese nombre, también conocido como Henri de Navarra, ahora rey de Francia.

La toalla me limpió la cara y dejó solo el bigote y la pequeña punta de barba que tengo por costumbre llevar. Sentí que Gabriel me cogía la mata de pelo entre las manos y buscaba los pocos parásitos que frecuentan alojamientos como estos. Soy lo bastante vanidoso como para mantener el pelo limpio y llevarlo largo como se estila en la corte, ya que no tengo, a los cuarenta años, ni una sola hebra gris, y un hombre debe ser vanidoso con lo que puede.

—¿Vais a ir hoy al Arsenal? —dijo Gabriel con tono distraído mientras me rodeaba con la gola y los puños en la mano—. ¿O quizá monsieur el duc está ahora en la Bastilla?

Lo golpeé con fuerza para arrancarle las prendas de las manos y seguí con un golpe del revés en la cara.

—¿Qué te puede importar a ti dónde esté el duc de Sully, hombrecillo?

Gabriel empezó a inclinarse, alegando que no quería hacer ningún daño al tiempo que se quejaba por lo bajo. Me levanté. Por un momento la aprensión se hizo dueña de mi corazón y de la boca del estómago: *Supongamos que no puedo salvar a Gabriel. Supongamos que no puedo salvar al duc.*

Saber que tenía miedo, yo, Rochefort, me puso furioso.

No había tenido miedo doce horas antes, cuando al responder a un mensaje anónimo me adentré en los callejones del distrito de Les Halles. Era un suceso habitual, dado lo que hago, y los hombres que me recibieron fueron sensatos y no intentaron aliviarme de mis armas. Entré armado en el bar de la taberna, iluminado por la luz vespertina; me agaché para pasar por el dintel de la puerta, le eché un vistazo al hombre que se suponía que estaba al mando de esta reunión y reconocí, por el costoso manto que lucía y su forma de golpear el suelo con el pie, a la mujer florentina que aguardaba sentada en el taburete, mal disfrazada de dama de compañía de la reina.

Tuve la tentación de decir: «Buenas noches, majestad». La esposa que lo había sido del rey Henri durante los últimos diez años, Marie de Medici, bien podía comportarse con engreimiento después de que por fin la coronaran reina. Tenía que agradecerse a la inminente guerra en Jülich-Cleves; el rey planeaba estar fuera del país y quería por tanto dejarle a ella la autoridad.

Supuse que después de una década de matrimonio, pero sin título de reina, quizá quisiera celebrarlo hostigando a los agentes de sus enemigos y por tanto me había enviado un mensaje. El duc mi señor no es el único enemigo que tiene en la corte, pero desde luego es el más poderoso; los hombres no nombran al rey sin nombrar a su amigo Sully al mismo tiempo.

El anochecer y una casa de bebidas en el distrito de Les Halles: es bien sabido que no es momento ni lugar para venir sin espada, ni media docena de hombres armados a ser posible. Si bien me sorprendía ver a la reina Marie jugando a Haroun al Rachid y escabulléndose de incógnito entre sus súbditos, no me sorprendió que aquella habitación lóbrega que hedía a sebo albergara a diez cortesanos de su facción con espadas y pistolas en las puertas y ventanas. Pero la primera frase del cortesano de la máscara, evidentemente su portavoz, me hizo soltar una sonora carcajada.

—Debéis cometer un asesinato por nosotros, monsieur.

Esto no tiene ninguna lógica.

—Señora... —empecé a decir.

—Nada de «señora». —Hablaba en susurros, sin levantar la tela que le sobresalía de la capucha; era evidente que yo no debía reconocerla—. Son órdenes de mis señores; yo solo soy la pobre sirvienta que os las trae.

He oído mejores frases en alguna obra, y además recitadas de forma mucho menos afectada.